

RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

**FUNCIÓN ESPIRITUAL DE LA MUJER
EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA**

Buenos Aires, 28 de setiembre de 1966



FUNCIÓN ESPIRITUAL DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD MODERNA

LA SOCIEDAD MODERNA

Dentro de los grandes ritmos de la historia y del proceso vital de desarrollo de la existencia humana, nos ha tocado vivir en una época de transformaciones fundamentales a escala mundial.

La mujer ha experimentado estos cambios, en lo que va de este siglo, con una velocidad y profundidad que no tiene precedentes en la historia: desde los tímidos movimientos feministas de reivindicación de los derechos cívicos de la mujer a comienzos de siglo, hasta la incorporación de grandes masas de mujeres a la actividad laboral y a la capacitación intelectual, han pasado apenas 40 años. A esta primera revolución femenina, que está muy en relación con la revolución tecnológica y el desarrollo **social** de la era moderna, sucede una segunda revolución en época muy reciente, de la cual muchas mujeres aún no se han dado cuenta de su importancia y trascendencia, me refiero a una revolución **biológica** que está ocurriendo en el propio cuerpo de millones de mujeres desde el mismo momento en que la ciencia descubrió los anticonceptivos de síntesis y cuyas consecuencias todavía no podemos prever. Pero, paralelamente a estos cambios sociales y biológicos, se va gestando una revolución aún más profunda en la intimidad de la propia **alma femenina**.

Se han producido, entonces, en poco tiempo:

- **Cambios sociales**, que conmueven los esquemas tradicionales de la vida social de la mujer.
- **Cambios corporales**, al modificarse silenciosamente la fórmula hormonal.
- **Cambios anímicos**, aún en germen, pero que darán el coronamiento de la

mujer realmente moderna.

LA MUJER MODERNA

Hoy en día se habla mucho de la mujer moderna y cada una se siente intérprete a su manera, de dicho papel. Pero **¿qué es la mujer moderna?**

¿Es la que ha nacido en la **era atómica**, después del año 45?

¿Es la mujer que **trabaja**, que se capacita, que tiene un puesto de responsabilidad en la sociedad?

¿Es la mujer que se ha liberado de los **prejuicios** del pasado, de la moral convencional y que ha conquistado un liberalismo sexual?

¿Es la mujer que se ha liberado de la **tutela masculina**, o la mujer que **compite** con el hombre y aspira a la igualdad de sus derechos?

Se pueden haber conquistado todas estas cosas y no ser realmente una mujer moderna.

La mujer moderna es la que pertenece a la **nueva generación** y los signos que la caracterizan son, fundamentalmente, de orden interno con expresiones consecuentes de vida en lo exterior.

Si para identificar a la mujer moderna nos atuviéramos a su hábito exterior o a sus modalidades costumbristas, nos equivocaríamos: exteriormente todos somos iguales; en todas partes del mundo se viste hoy casi de la misma manera, aunque con diferentes idiomas, todo el mundo se entiende en lo que se refiere al manejo de las cosas materiales: hay un lenguaje prácticamente universal en el mundo de los negocios, en el mundo del amor material y en el mundo de las relaciones sociales; pero interiormente somos muy distintos y hablamos a veces idiomas muy diferentes

aunque seamos de la misma época.

La mujer moderna es un fruto interior; **está naciendo hoy anímicamente** en la intimidad del corazón de muchas mujeres a través de un proceso de desazón, a menudo doloroso, del cual muchas no comprenden su significado; es un verdadero alumbramiento interior que se gesta entre las sombras de un mundo pasado y las luces aún muy débiles del mundo del futuro.

EL MUNDO DEL FUTURO

La mujer moderna es la que pertenece efectivamente al mundo del futuro y, para comprenderla, debemos vislumbrar ese mundo.

Sería inútil y vano querer comprender lo que hoy está pasando en el interior del alma femenina si quisiéramos interpretarlo solamente a través de la historia del pasado, a través de los moldes femeninos legados por ese pasado o a través de los esquemas racionales en los que la ciencia del presente ha querido encasillar a la mujer.

Es decir, que no tenemos todavía **modelos objetivos** con qué caracterizar a esa nueva mujer:

1. Porque los modelos femeninos tradicionales que eran ideales de imitación para la mujer fueron útiles como arquetipos colectivos, muchos de ellos creados por el hombre y al servicio de una cultura de predominio masculino.

2. Porque los modelos actuales de mujer moderna, creados por la mujer, son aún insuficientes y tienen más las características de modelos de competencia con el hombre, de rebeldía, o de desviacionismo, que de auténticos modelos surgidos de las profundidades del alma femenina.

3. Porque la caracterización de la mujer hecha por la ciencia moderna, sobre

todo por la psicología materialista, se basa en esquemas racionales parciales, y en el análisis de los mecanismos psicológicos, pero sin tener en cuenta el misterio trascendente de su alma.

¿Pero, qué es el mundo del futuro, desde el cual podemos comprender a la mujer futura?

El mundo del futuro es el mundo del mañana que **ya** existe hoy. Es decir, no es algo que va a venir, sino algo **nuevo** que ya existe.

Muchos han creído ver en el extraordinario progreso tecnológico y en las conmociones sociales, económicas y políticas que afectan a grandes masas humanas, los hechos más sobresalientes que caracterizan a esta era moderna, sin advertir que estamos en presencia de cambios mucho más profundos de carácter integral, cuyo origen hay que buscar en la intimidad de las corrientes vitales y espirituales que rigen el desarrollo de la vida del universo.

La era moderna se gesta en el silencio de la intrahistoria, en renovadas corrientes espirituales que inspiran ideas y obras realmente **nuevas**, que no hay que confundir con algunas de sus consecuencias menos significativas o con reacciones del pasado. ¿Quiénes son los intérpretes de esta poderosa corriente? ¿Quiénes son aquellos que reciben su inspiración y traducen su verbo en ideas y obras concretas? Es decir, ¿quiénes son los representantes de la nueva generación?:

Son los grandes **maestros de la ciencia** moderna
los grandes **mensajeros del corazón**,
y las **almas simples**.

Los primeros, los sabios, han abierto la cárcel del mundo material y liberado una nueva energía, la energía atómica.

Los segundos, a quienes llamamos grandes mensajeros del corazón, inspiran por su poder de amor los movimientos generosos de ayuda a la humanidad, de mejores relaciones entre los hombres y de perfeccionamiento espiritual.

Pero aparte de estos grandes seres, que son los padres de la era moderna, hay, como en todas las épocas de cambio, almas simples, que han escapado a las sofisticaciones y deformaciones de un ciclo cultural que se agota y conservan en su interior la suficiente frescura, simplicidad y amplitud de criterio como para ponerse rápidamente a tono con las nuevas expresiones de la cultura de su tiempo. Estos hombres y mujeres son los que constituyen la **nueva generación**, los intérpretes de las nuevas ideas y sentimientos y la esperanza para el futuro. Nada en lo exterior los identifica, pertenecen a los más diversos estratos sociales, a diferentes razas y a distinto nivel cultural, pero tienen entre sí una afinidad esencial que les permite reconocerse como integrantes de una misma época, perciben con fuerza las corrientes sutiles que anuncian lo que vendrá y son sensibles a las necesidades fundamentales de los hombres de su tiempo.

¿Qué es lo que caracteriza al nuevo mundo en que vivimos? Hasta ayer nomás nos movíamos en el campo de la estabilidad de la materia, de las concepciones mecánicas del universo y de la vida. A partir de la gran revolución de la era moderna nos movemos en un campo de conciencia unitaria y expansiva, de visión de totalidad e integralidad, de liberación de limitaciones y separatividades y de ansias de transformación y trascendencia. Hoy en día han estallado los marcos convencionales del espacio-tiempo y el hombre tiene necesidad de una nueva vida con acceso a una nueva dimensión del ser. Es a estos cambios íntimos y substanciales a los que hay que prestar atención si se quiere permanecer en la línea de los hombres y mujeres realmente modernos, y no a los cambios políticos y movimientos de masas a los cuales se da hoy tanta importancia y que no son más que cambios de segundo orden, muchos de ellos pertenecientes al viejo mundo de la separatividad y de la lucha antagónica por el predominio.

En este mundo, recién abierto, es donde se aventuran con paso vacilante, el hombre y la mujer modernos: no hay aquí huellas que seguir, la huella hay que hacerla; no hay modelos a quien imitar: el modelo nuevo o biotipo debe ser creado; las voces que resuenan en el ambiente son las ya conocidas del pasado, o las voces confusas y angustiosas del presente que parecen nuevas pero no lo son, mientras la voz orientadora que guía al futuro hay que descubrirla a través del silencio interior.

EL RESTABLECIMIENTO DEL MISTERIO DEL ALMA FEMENINA

En el ocaso de un ciclo que termina, agobiada por el peso de la historia y las costumbres y cargada con la responsabilidad de su activa vida social presente, la mujer moderna anhela la conquista de su libertad interior que es **sentir** la plenitud de vida de su propia alma. Esta vida del alma, sentida y expresada como valor genuino, individual y trascendente, más allá de los lazos que ligan al ser con la herencia, la sociedad y las costumbres, es lo que, en el fondo, anhela la mujer: es lo que llamamos la egoencia femenina.

Tradicionalmente se han exaltado los valores **biológicos, estéticos y éticos** de la mujer y ella ha respondido a dichos imperativos haciéndolos fines de su vida: es así como se consagra a la **reproducción**; a reflejar su **belleza**; o a atender sus **deberes** de esposa, de hija, de madre, de profesional, de empleada... Por mas nobles que sean estos quehaceres, aunque estén exaltados por la estética más refinada o la moral más elevada y aunque le brinden muchas satisfacciones, es frecuente encontrar que, pese a tenerlo todo, la mujer suele quedar insatisfecha para consigo mismo: sí, tiene **su** hogar, **su** marido, **sus** hijos, **su** profesión, **su** empleo, **sus** amigos, **sus** amantes, pero cuando se detiene a mirarse a sí misma descubre que hay algo en su interior que le falta, algo que no puede reducirse a los goces, los bienes o los deberes de la vida corriente; es algo inefable, que está más allá de la vida común, y es el **sentimiento de la libertad de su propia alma**, piedra fundamental de la vida espiritual de la mujer.

La vida espiritual surge con renovado vigor en la mujer moderna y hay una auténtica necesidad de lo divino y lo trascendente, no solamente como idea, devoción o acto de fe, sino como acto vivo de unión substancial entre lo divino y lo humano. Lo que anhela hoy en día la mujer no es tanto una creencia o una ideología religiosa sino un pan de vida para su propio alimento, que le da la alegría y la seguridad que el amor y la vida están en sus manos y que tales bienes no debe pedirlos como limosna a nadie sino que ella misma puede constituirse en fuente humana de irradiación de valores permanentes. Es a la conquista de este valor interior, individual, humano y divino a la vez, de alta calidad, que la mujer moderna aspira y que, en su expansión de conciencia, intuye como la clave de la auténtica vida de su alma.

La mujer busca instintivamente la unión, sobre todo con el hombre, pero esta aspiración biológica y social, considerada como fin supremo de su vida e inclusive como ideal de complemento, perfección y trascendencia a través del hijo, no deja de ser un fin secundario y esto empiezan a comprenderlo ya muchas mujeres de nuestra época. Al decir secundario no quiero significar que no sea un fin noble; digo secundario desde el momento en que se liga a aspectos contingentes de la vida, medios que se hacen fines, descuidando muchas veces el valor supremo de la existencia que es responder al llamado trascendente y transvital del alma.

Este llamado hacia lo trascendente, hacia lo divino, se hace sentir en las profundidades de la conciencia individual, como una necesidad de penetrar en el misterio de la propia alma, no solamente en los abismos del subconciente como creen algunos, sino en el misterio de la raíz espiritual de su naturaleza y restablecer una relación entre lo humano y lo divino que se ha perdido; y se ha perdido, ya sea por un materialismo desarticulado de lo trascendente como por una religiosidad ideal desvinculada de expresiones concretas en el plano de la vida.

La vida integral del alma femenina, entonces, debe restablecerse a través de una **nueva alianza**, no ideal sino real; de una verdadera fecundación interior por el

Espíritu, hecha posible por la entrega del alma femenina al soplo de la corriente espiritual, sentimentalizando y corporizando el Verbo, es decir, haciéndolo carne en una expresión individual de egoencia femenina. Esta capacidad de entrega y de renuncia para dar vida en su propia alma y su propio cuerpo a los valores supremos del espíritu, da origen, en la misma entraña de la mujer, a un fruto de amor superior; por este hijo del espíritu la mujer participa activamente en la construcción de la sociedad futura: es su participación a través del amor creador.

Es a partir de esta alianza, como acto primario, de la cual pueden surgir luego alianzas secundarias, ya sea en el matrimonio, en el arte, en el trabajo, en la vida de todos los días: estas alianzas secundarias ya no serán elecciones por azar, sino elecciones vocacionales, inspiradas por una necesidad profunda de realizar, a través de esos medios contingentes, la vida trascendente del alma.

En resumen: la unión con el hombre, con los hijos, con el trabajo, con los bienes, con la cultura, si se hacen fines supremos de por sí, suelen en un cierto momento dejar la sensación del vacío, de la frustración individual, pero si hay una alianza substancial, un reconocimiento hecho vida de las necesidades reales del alma y una vislumbre de su destino trascendente, no tardan en señalarse con certeza los caminos más adecuados para realizar tales valores, en esas condiciones aun el dolor y el fracaso son medios favorables de consumación existencial.

EL MAGISTERIO FEMENINO

LA MUJER SUPERIOR.

La función espiritual de la mujer en la sociedad moderna es restablecer en sí los valores supremos de la vida, conservarlos, y transmitirlos a través de una acción participante:

1. Gestación interior de la egoencia femenina.

2. **Preservación** de los valores íntimos en medio de las corrientes confusas de las ideas, las pasiones, las modas y las desviaciones de la época moderna.

3. **Transmisión** de dichos valores espirituales a la humanidad con el sello particular que imprime la vocación de cada una. Esta transmisión expansiva y participante constituye el **magisterio femenino**.

¿Cómo se realiza este magisterio?

1. A través de la unión espiritual con el hombre.

Al acoplamiento instintivo y ciego de la hembra humana sucede una unión entre seres de luz. La mujer debe aprender a reconocer, por refinamiento de su sensibilidad y sublimación de su sexo, el alma luminosa de su positivo masculino. De no ser así se realizan uniones entre sombras y los frutos suelen ser frutos de la sombra. Este es un capítulo que merecería, por su importancia, una conferencia especial. Se trata de una de las conquistas más inmediatas y necesarias de la mujer: conocer las leyes que rigen la elección de pareja.

2. A través de la irradiación del amor no consumado con el hombre.

El mito del hombre y el matrimonio, hecho camino real de la mujer en la sociedad tradicional, ha hecho que muchas mujeres que no se sentían naturalmente atraídas a la consumación del amor sexual, se sintieran de hecho al margen de la corriente de mujeres cuyo ideal era el hombre y el hogar; muchas de ellas, al querer forzar un matrimonio no sentido del todo, recogen al final el fruto del desengaño y la frustración. Dentro de la línea de un respeto cada vez mayor al destino individual, la mujer moderna llega a reconocer que el destino de vida de muchas mujeres no pasa necesariamente por el matrimonio y que el amor, en ellas, no es para ser consumado con el hombre sino para **irradiarlo**: a las costumbres, el arte, a la asistencia a los necesitados, a la consagración religiosa. A veces, es éste un camino de consagración

pública: la gran dama, la gran artista; otras veces es un camino solitario y anónimo.

3. A través de la irradiación de la belleza.

La irradiación de la belleza del espíritu a través del alma y del cuerpo femenino, juega un papel importantísimo en la economía total de la sociedad humana; esta delicada función, íntimamente ligada al sexo, es uno de los tantos valores superiores que la mujer maneja habitualmente en forma inconciente y que pierde en forma harto prematura por la degradación materializante; la mayor conciencia de esta función irradiante y el control de su extraordinario poder, dará a la mujer –a algunas mujeres- la llave de acceso a un arcano que todas intentan conquistar pero que se les esfuma constantemente de las manos: el poder del encanto, la seducción y la belleza utilizado en forma creadora, más allá de la magia puramente sexual.

4. A través de la custodia y transmisión, a las generaciones futuras, de la herencia espiritual de la humanidad.

Cada vez se perfila con mayor vigor la necesidad de un magisterio femenino que, trascendiendo el papel puramente biológico de perpetuación de la especie, y de transmisión de las costumbres sociales, se adentre en las raíces mismas de lo que hace a la esencia de la dignidad humana y sepa conservar y transmitir esos valores.

Dice Erich Fromm en *“El Arte de Amar”*: “Si bien impartimos conocimiento, estamos descuidando la enseñanza más importante para el desarrollo humano: la que sólo puede impartirse por la simple presencia de una persona madura y amante... Si no lográramos mantener viva una visión de la vida madura, entonces nos veríamos frente a la probabilidad de que nuestra tradición cultural se derrumbe. Esa tradición no se basa fundamentalmente en la transmisión de cierto tipo de conocimiento, sino en la de cierta clase de rasgos

humanos. Si la generación siguiente deja de ver esos rasgos, se derrumbará una cultura de cinco mil años. Aunque el conocimiento se transmita y se siga desarrollando”¹

Yo asigno importancia capital a la mujer en ese tipo de enseñanza, no a través de un profesionalismo, sino de su propia presencia como persona madura y amante. Cuando la mujer descuida ese papel de custodia del fuego sagrado y se envilece con las costumbres de su época, es signo de alarma e índice de que un ciclo cultural puede estar llegando a su fin.

No pretendo haber agotado las múltiples posibilidades del magisterio femenino, ni tampoco haber dibujado el biotipo de lo que intuyo como mujer moderna, porque, como ya dije, se trata de un **germen** de futuro en la mujer, que debe desarrollar la mujer misma. Por mi parte, sólo intento señalar su existencia y posibilidades, pero soy un convencido de que si lo divino debe tomar, en esta época, una nueva expresión en el cuerpo de la humanidad, y si como dice Teilhard de Chardin hay necesidad hoy en día de un “nuevo rostro de Dios”, ese Dios no podrá tener solamente el rostro viril, severo, omnisciente y todopoderoso de EL, que animó paternalmente a toda una civilización de predominio masculino, sino que, desde la inmanencia, habrá que reconocerlo **también** tras el velo de la figura femenina, en la Presencia bondadosa, dulce, radiante de belleza y creadora de ELLA.

¹ **Fromm E.**, “El Arte de Amar”, Ed. Paidós, Bs. As., 1960, pág.128